

A PROPOSITO DE LA CRITICA DE FEYERABEND AL RACIONALISMO CRITICO*

GUSTAVO L. MARQUÉS

Introducción

El racionalismo crítico independiza las nociones de comportamiento racional y certeza, admitiendo explícitamente que somos falibles. Pero procura escapar al relativismo sosteniendo las tesis de que hay una verdad objetiva y de que somos capaces de identificar (y corregir) nuestros errores. Basado en ambas creencias reivindica su derecho a evaluar los méritos respectivos de teorías alternativas y la necesidad de eliminar las teorías que resulten falsadas.¹ Coexisten, pues, en el racionalismo crítico dos actitudes que designaré respectivamente como *evaluativa* y *prescriptiva*. La primera designa la actividad de establecer una jerarquía u orden de méritos entre teorías rivales de acuerdo a criterios y elementos de juicio dados; la segunda designa la actividad de usar dicha evaluación para descalificar a aquellas peor ranqueadas, aconsejando su eliminación. En este trabajo procuraré defender lo siguiente:

1) En su crítica al racionalismo crítico, Feyerabend organiza una defensa del pluralismo fundado en ciertas características de la evidencia: su provisoriedad y, centralmente, su equivocidad.

2) El defecto de esta estrategia defensiva es que ataca tanto al prescriptivismo como a la posibilidad de evaluar, la cual me parece esencial conservar.

3) La propia lógica interna del racionalismo crítico permite instrumentar una crítica al prescriptivismo que resulta independiente de toda consideración acerca de la evidencia y que, por ello, no pone en riesgo la posibilidad de evaluar.

* Agradezco profundamente al profesor Tomás Moro Simpson por sus valiosos comentarios y sugerencias, los cuales han contribuido a mejorar sustancialmente el presente trabajo.

¹ La concepción popperiana de la ciencia es vastamente conocida y puede hallarse casi sin modificaciones en cualquiera de sus trabajos. Una apretada síntesis de esta postura tenazmente defendida durante décadas la proporciona Popper en 1988 a la edad de 87 años: “[La teoría de Tarski] es una teoría de la verdad objetiva —la verdad como correspondencia con los hechos— y de la verdad absoluta: si un enunciado formulado sin ambigüedad es verdadero en un lenguaje, entonces también lo es toda traducción correcta de este enunciado a cualquier otro lenguaje. Dicha teoría es el gran baluarte contra el relativismo y contra toda moda. Nos permite hablar de la falsedad y de su eliminación, de nuestra falibilidad, del hecho de que podemos *aprender de nuestros errores*, de nuestras equivocaciones; nos permite hablar de la ciencia como la búsqueda de la verdad. Es más, nos permite —y, en realidad, nos exige— distinguir netamente entre *verdad y certeza*”, K. Popper, *Un mundo de propensiones*, Madrid, Tecnos, 1992, p. 16.

4) Por último, sostendré que las nociones de certidumbre y eliminación se hallan más interconectadas de lo que el racionalismo crítico estuvo dispuesto a admitir.

I. Racionalismo crítico

El racionalismo crítico se organiza en base a dos distinciones fundamentales. La primera de ellas es entre “ser verdadero” y “ser conocido como verdadero”, la cual permite a Popper admitir, en consonancia con la tradición racionalista clásica, la existencia de una verdad objetiva. Adhiriendo a la noción correspondentista de la verdad no encuentra dificultad alguna en admitir la existencia de afirmaciones verdaderas. Ello se ve fácilmente si se piensa que dada cualquier afirmación fáctica y su negación, una de ellas (y sólo una) debe corresponder a un cierto estado de cosas por ella descrito y, en consecuencia, ser verdadera. La dificultad se halla, pues, no en la posibilidad de que un enunciado sea de hecho verdadero, sino en *nuestro conocimiento* de su valor veritativo. Esto le permite establecer estos dos postulados:

- a) hay una verdad objetiva;
- b) no somos capaces de reconocer la verdad en cuanto tal (incluso en el caso de que la alcanzáramos).

La segunda distinción importante en el marco del racionalismo crítico es entre “sabido verdadero” y “sabido falso”. Esta distinción es crucial porque alude a una asimetría cognoscitiva de profundas consecuencias epistemológicas. Si bien, como vimos, somos incapaces de saber que una afirmación es verdadera, podemos, en cambio, reconocer su falsedad. Su tercer principio es, pues,

- c) podemos advertir nuestros errores (y, eventualmente, corregirlos).

Cabe preguntarse en qué situaciones o condiciones somos capaces de advertir la falsedad de nuestras propuestas. Ciertamente es así cuando las afirmaciones del caso no satisfacen ciertos requerimientos formales absolutamente básicos: por ejemplo, si una teoría resulta internamente contradictoria. Pero su postura es más general y tiene alcance empírico: en verdad, la idea central de su falsacionismo es que, más allá de la falsedad formal, podemos reconocer la falsedad empírica.

Con la cláusula (a) Popper procura evitar el relativismo y el escepticismo. La cláusula (b) es interesante porque implica que la incerteza no es un

obstáculo para el comportamiento racional. Certeza y racionalidad devienen nociones independientes. Advuértase, sin embargo, que a pesar de su centralidad en el dispositivo argumental de Popper, la cláusula (a) no resulta suficiente para disuadir al escéptico de la plausibilidad del relativismo. Aunque la admisión de la verdad objetiva resulta incompatible con el relativismo, no logra impedir una cierta forma de relativismo gnoseológico fundado en la imposibilidad de decidir entre teorías alternativas. Resulta de poco consuelo saber que nuestras afirmaciones acerca del mundo poseen *algún* valor veritativo, aunque en ningún caso podamos saber cuál es exactamente el valor en cuestión. Es por ello que Popper admite la posibilidad de reconocer la falsedad.²

Las cláusulas mencionadas se completan con reglas del comportamiento crítico, del tipo de “deben ser abandonadas las hipótesis falsadas”, “no se debe emplear hipótesis ad hoc”, “en ausencia de falsación privilegiar a las hipótesis de mayor generalidad o precisión”, etc. Nótese que es la cláusula (c) la que proporciona fundamento al carácter discriminatorio que adoptarán sus reglas de método: es el hecho de que podemos identificar a las concepciones falsas lo que legitima, en el marco del racionalismo crítico, la subsecuente aplicación de reglas de eliminación.

A su vez, para que estas reglas sean tomadas seriamente en cuenta se requiere la vigencia de una *cultura crítica*, consistente en un conjunto de actitudes, valores y responsabilidades que son, en última instancia, quienes aseguran el desarrollo del conocimiento. Un rasgo central de esta cultura es que privilegia el uso *argumentativo* del lenguaje. En síntesis, en la evaluación de hipótesis o teorías el racionalismo crítico utiliza argumentos que involucran la aplicación de estándares de excelencia y el empleo de la evidencia empírica disponible que permitirían advertir el error y, eventualmente, corregirlo.

² El profesor Tomás Moro Simpson me ha señalado que Popper es un *decisionista* y que la refutación es siempre el producto de una decisión (racional, según Popper) sobre la verdad o falsedad de ciertos enunciados básicos. Popper niega que exista alguna relación *justificatoria* entre experiencias perceptuales y enunciados singulares (si bien debilita su posición en su respuesta a Ayer (en Paul Arthur Schilpp, comp., *The Philosophy of Karl Popper*, Northwestern University & Southern Illinois University, 1974, pp. 1100-1114). El profesor Simpson tiene razón. Aun así sostengo (y creo que T. Simpson comparte este punto de vista) que Popper *necesita* asumir la tesis que le atribuyo en este trabajo —es decir, que resulta posible reconocer la falsedad— para edificar su propuesta metodológica y que la *presupone* en numerosos párrafos y artículos en que nos habla sin pudor alguno de teorías *falsas* (pudor que sí manifiesta cuando alude a las teorías “hoy admitidas” o “vigentes”, las cuales nunca son mencionadas como “verdaderas”). Véase al respecto el párrafo de Popper citado en la página 24 de este trabajo. Que usualmente evite afirmar explícitamente la posibilidad de reconocer la falsedad es quizás una muestra de su perspicacia y capacidad para intuir y evitar aquellos sutiles deslices semánticos que insensiblemente precipitan el discurso a posiciones insostenibles.

II. La crítica de Feyerabend

El racionalismo crítico reivindica su capacidad de falsar y sostiene que ello autoriza a eliminar teorías. Examinaremos ahora la crítica de Feyerabend a ambas pretensiones. Para comenzar, es útil distinguir dos tipos de relativismo, uno proveniente del rechazo o cuestionamiento de la verdad objetiva y otro que refleja dificultades insalvables en el parámetro escogido para la evaluación de hipótesis y teorías. En el primer caso el concepto decisivo es el de *referencia* y en el segundo el de *evidencia*.³ La cláusula (a) del racionalismo crítico pretende cerrarle el paso al primer tipo de relativismo. La noción correspondentista de la verdad es importante para definir “verdad”, para determinar con precisión qué queremos decir cuando afirmamos que el enunciado *A* es verdadero. Pero ello no nos ayuda en absoluto cuando se trata de reconocer el valor veritativo de *A* o del enunciado que afirma su verdad o falsedad. Para ello, como para el caso en que debemos elegir entre teorías rivales, debemos basarnos en algún tipo de evidencia. Sin duda, Feyerabend es relativista en el primero de los sentidos indicados. Pero aquí nos ocuparemos únicamente de sus críticas a la falsación, las cuales se relacionan con el segundo de los sentidos aludidos. He aquí dos de sus principales objeciones:

1) Aunque la evidencia se emplea para evaluar teorías e hipótesis, es ella misma dependiente de hipótesis, teorías, suposiciones, técnicas e instrumentos, lo cual la convierte en algo tan incierto como las hipótesis mismas que se intenta evaluar por su intermedio.⁴ Ello significa que el cuerpo de evidencia disponible en un momento cualquiera puede ser aumentado, enriquecido, empobrecido o sencillamente abandonado más adelante, lo cual pone en tela de juicio la asimetría entre verificar y falsar que es la piedra angular del racionalismo crítico. Como consecuencia de sus propias tesis acerca del rol de las teorías en la construcción y estimación de los datos, el racionalista crítico es tan incapaz de falsar como de verificar.⁵

2) El rechazo del racionalismo crítico es fortalecido mediante el argumento adicional de que la evidencia es *equivoca* en el siguiente sentido: en la situación concreta en que se toman las decisiones la evidencia disponible no

³ Mario Bunge, *La investigación científica*, Barcelona, Ariel, 1969, cap. 8, parágrafo 4.

⁴ “Rechazar una hipótesis por estar en pugna con hechos bien establecidos favorecidos científicamente significa empujar la casa por el tejado. El conflicto muestra que no concuerdan los hechos y la hipótesis. Pero no muestra que los hechos no puedan ser abatidos por la hipótesis”, P. Feyerabend, *Adiós a la razón*, Madrid, Tecnos, 1992, p. 108.

⁵ Por ello I. Lakatos ha sostenido en “La falsación y la metodología de los programas de investigación científica” que si no es posible falsar, es al menos posible “falsar” en un sentido diferente y más débil que el usual. La “falsación” posible tiene el inconveniente de que carece de fuerza a los efectos de eliminar (cosa que debió admitir el propio Lakatos).

siempre es lo suficientemente homogénea como para favorecer inequívocamente a un punto de vista por sobre los demás. Al contrario, suele estar constituida por elementos de juicio incompatibles entre sí y que resultan compatibles con elecciones teóricas completamente opuestas. Por otra parte, quienes deben adoptar las decisiones no evalúan necesariamente con los mismos estándares o, si lo hacen, no los aplican del mismo modo.⁶ El resultado es que el “orden de méritos” que se adjudique a las teorías rivales será relativo a la previa jerarquización de los diferentes y alternativos cuerpos de evidencia parciales que conforman la evidencia total.⁷

La crítica centrada en el carácter *provisorio* de la evidencia disponible obliga a reconocer que, así como no hay verificación absoluta, tampoco hay falsación absoluta. Según Feyerabend, todo lo que puede decirse es que un enunciado cualquiera *A* es falso (o ha sido falsado) *relativamente* a un cierto cuerpo de evidencia *E* que se ha decidido aceptar. Nótese, sin embargo, que esta circunstancia no cancela la asimetría, de origen puramente lógico, entre verificar y falsar relativamente a *E*, lo cual garantiza la legitimidad de utilizar la falsación condicional para evaluar *condicionalmente*. Pero el carácter relativo de toda falsación, prosigue el argumento, priva de legitimidad al paso prescriptivo subsiguiente que aconseja la eliminación de la teoría así falsada. Aunque la evaluación relativa sea un instrumento legítimo para el limitado propósito de estimar el desempeño de una teoría en el momento en que la estimación se lleva a cabo, no resulta igualmente legítimo usar sus resultados con propósitos eliminatorios.

⁶ Una buena ilustración de esta situación se encuentra en Thomas S. Kuhn, “Objectivity, Value Judgment and Theory Choice” (en T. S. Kuhn, *The Essential Tension. Selected Studies in Scientific Tradition and Change*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1977, pp. 320-339).

⁷ Feyerabend aporta un tercer argumento, según el cual “la base evidencial, la adecuación a lo fáctico, la coherencia son algo *producido por la investigación* y, por tanto, algo que no puede imponerse como precondition de ella” (*Adiós a la razón, op. cit.*, p. 108; el subrayado me pertenece). Con esta caracterización logra cambiar el eje de la discusión. Ya no se concede, como en el argumento anterior, que la evidencia *disponible* constituya, a pesar de los problemas señalados, el parámetro “natural” para efectuar la evaluación; ahora se argumenta que lo que permitiría evaluar puntos de vista alternativos es el conocimiento de su desempeño *futuro*, no el de su desempeño a la fecha. La evidencia relevante para contrastar una teoría no es la disponible, sino la que ésta podría llegar a producir si se le concediera suficiente tiempo y oportunidades. Véase, por ejemplo, su actitud ante la teoría de que la danza de la lluvia atrae la lluvia: “No hay un conjunto de *observaciones* que contradiga esta idea. Y, cuidado, no basta con observar que las danzas de la lluvia fracasan *hoy* en día. Una danza de la lluvia se debe ejecutar con la preparación adecuada y en las circunstancias apropiadas, entre las que se encuentran la antigua organización tribal y las actitudes mentales correspondientes” (P. Feyerabend, *Diálogo sobre el método*, Madrid, Cátedra, 1990, p. 89).

No voy a examinar este último argumento porque cancela a priori toda posibilidad de seleccionar racionalmente entre teorías, ya que por hipótesis cualquiera sea el momento en que la elección tenga lugar resulta inadecuada debido a que no toma en cuenta las posibles modificaciones futuras en nuestro conocimiento básico.

Su argumento acerca de la *equivocidad* de la evidencia disponible sostiene que, en un momento *t* cualquiera, ésta resulta insuficiente para privilegiar en *t* un curso de acción, al que se calificaría de “racional”, y descalificar a los restantes por “irracionales”. La evidencia disponible nunca proporciona razones objetivas, claras y contundentes para preferir a una perspectiva por sobre las restantes. Kuhn ha ofrecido excelentes descripciones de esta situación y mostrado que es la perspectiva presente, recogida en los manuales, la que deforma las peculiaridades del contexto específico en que tuvo lugar la elección, simplificando su complejidad y brindando un cuerpo de “evidencia” a-histórica que ha sido expurgada de sus aspectos incompatibles con el cuerpo de conocimiento hoy admitido.⁸

Creo que este argumento es el más importante de los dos ya que pone en entredicho la posibilidad misma de la evaluación condicional. A diferencia del primer argumento referente a la provisoriedad de los elementos de juicio que conforman la evidencia —el cual cuestiona la facultad de la evaluación relativa para brindar fundamento a la decisión de descartar teorías—, el segundo argumento de Feyerabend les niega competencia incluso para su pretendida función específica de evaluar teorías condicionalmente. La evidencia disponible resultaría insuficiente para evaluar su desempeño a la fecha.

III. Análisis de su crítica

Los dos argumentos esgrimidos por Feyerabend convergen para sostener su tesis de que el *pluralismo* de puntos de vista y la *tolerancia* deben ser los valores principales que conformen la actitud crítica (es decir, deben ser preferidos al monopolio y la discriminación). Sin embargo, ambas tesis arrojan consecuencias muy diferentes: aunque las dos cuestionan la autoridad de la falsación condicional para *eliminar*, la segunda la desautoriza también para *evaluar*. Sostendré que Feyerabend al combinar indiscriminadamente ambos argumentos obtiene los propósitos perseguidos de manera defectuosa.

En primer lugar, aunque para combatir el prescriptivismo fuera suficiente con argumentar convincentemente en favor de su primera tesis (véase, sin embargo, que algo más adelante discuto este punto), no es necesario, por añadidura, restarle credibilidad a la evaluación condicional.⁹ Parte importan-

⁸ Véase T. S. Kuhn, *op. cit.*

⁹ No discutiré aquí la tesis de equivocidad de la evidencia ni sus consecuencias para la evaluación. Me limito a esbozar la dirección general que podría seguir mi argumentación. Sin duda la tesis puede ser verdadera, al menos en ciertas ocasiones. Pero no es obvio que esta situación resulte de por sí incompatible con la evaluación. Más que impediría, pareciera que la exige

Su argumento acerca de la *equivocidad* de la evidencia disponible sostiene que, en un momento t cualquiera, ésta resulta insuficiente para privilegiar en t un curso de acción, al que se calificaría de “racional”, y descalificar a los restantes por “irracionales”. La evidencia disponible nunca proporciona razones objetivas, claras y contundentes para preferir a una perspectiva por sobre las restantes. Kuhn ha ofrecido excelentes descripciones de esta situación y mostrado que es la perspectiva presente, recogida en los manuales, la que deforma las peculiaridades del contexto específico en que tuvo lugar la elección, simplificando su complejidad y brindando un cuerpo de “evidencia” ahistórica que ha sido expurgada de sus aspectos incompatibles con el cuerpo de conocimiento hoy admitido.⁸

Creo que este argumento es el más importante de los dos ya que pone en entredicho la posibilidad misma de la evaluación condicional. A diferencia del primer argumento referente a la provisoriedad de los elementos de juicio que conforman la evidencia —el cual cuestiona la facultad de la evaluación relativa para brindar fundamento a la decisión de descartar teorías—, el segundo argumento de Feyerabend les niega competencia incluso para su pretendida función específica de evaluar teorías condicionalmente. La evidencia disponible resultaría insuficiente para evaluar su desempeño a la fecha.

III. Análisis de su crítica

Los dos argumentos esgrimidos por Feyerabend convergen para sostener su tesis de que el *pluralismo* de puntos de vista y la *tolerancia* deben ser los valores principales que conformen la actitud crítica (es decir, deben ser preferidos al monopolio y la discriminación). Sin embargo, ambas tesis arrojan consecuencias muy diferentes: aunque las dos cuestionan la autoridad de la falsación condicional para *eliminar*, la segunda la desautoriza también para *evaluar*. Sostendré que Feyerabend al combinar indiscriminadamente ambos argumentos obtiene los propósitos perseguidos de manera defectuosa.

En primer lugar, aunque para combatir el prescriptivismo fuera suficiente con argumentar convincentemente en favor de su primera tesis (véase, sin embargo, que algo más adelante discuto este punto), no es necesario, por añadidura, restarle credibilidad a la evaluación condicional.⁹ Parte importan-

⁸ Véase T. S. Kuhn, *op. cit.*

⁹ No discutiré aquí la tesis de equivocidad de la evidencia ni sus consecuencias para la evaluación. Me limito a esbozar la dirección general que podría seguir mi argumentación. Sin duda la tesis puede ser verdadera, al menos en ciertas ocasiones. Pero no es obvio que esta situación resulte de por sí incompatible con la evaluación. Más que impedirla, pareciera que la exige

te del sentido que atribuimos a la expresión “tolerar” (una idea, una creencia, etc.) consiste en conceder su persistencia, dejarla ser. Pero, además, la tolerancia se ejerce acerca de creencias, actitudes, etc., no compartidas, por alguna razón valuadas negativamente. Esto muestra que aun la crítica más desfavorable de una teoría o idea es perfectamente compatible con una actitud tolerante respecto de su existencia. Evaluar negativamente algo no implica en absoluto negarle este derecho. Esto muestra, creo, que Feyerabend confunde dos escenarios muy diferentes. *El pluralismo y la tolerancia pueden ser invocados para el momento pragmático del rechazo, pero dejan de ser valores significativos en el contexto de la evaluación.* ¿Qué significa ser tolerante para evaluar: rebajar los criterios, acaso, o hacer la vista gorda ante las debilidades de las teorías? Con su segunda tesis Feyerabend logra un efecto completamente diferente y negativo al rescindir toda posibilidad de ejercer la evaluación racional. Como se suele decir, arroja al niño junto con el agua sucia.

Por otra parte, aunque la provisoriaidad de la evidencia resulte suficiente para deslegitimar el momento eliminatorio, no es en modo alguno necesaria para ello. Se puede hacer una crítica aun más fuerte a las pretensiones prescriptivas del racionalismo crítico, que no he encontrado en Feyerabend pero que parece compatible con su postura. El argumento es el siguiente. Supongamos que una teoría es *falsa* (objetivamente falsa). ¿Disponemos de mejores razones para erradicarla que para conservarla? Mill ha proporcionado buenas razones en apoyo del rol positivo que una teoría *falsa* puede desempeñar en el desarrollo del conocimiento.¹⁰ Pero no se trata sólo de Mill, que representa una perspectiva del racionalismo diferente y muy próxima a la línea que esgrime el propio Feyerabend.¹¹ El mismo Popper ha defendido una idea semejante respecto de las audaces conjeturas de los presocráticos:

sobremanera: los investigadores se encuentran obligados a comparar y juzgar los méritos relativos de los contrastantes elementos de juicio disponibles. Es verdad que la evaluación se torna más difícil en estas circunstancias, pero ésta pareciera ser una diferencia de grado, no de principio, con respecto a la situación en que la evidencia no es equívoca. En realidad, en todos los casos el papel de la evidencia se limita a sugerir con mayor o menor fuerza la decisión a tomar, pero nunca la “dicta”. La equivocidad parece afectar menos a la posibilidad de evaluar que a la posibilidad de alcanzar consenso en dicha actividad.

¹⁰ “Lo que hay de particularmente malo en imponer silencio a la expresión de opiniones estriba en que supone un robo a la especie humana, a la posteridad y a la generación presente, y de modo más particular a quienes disienten de esta opinión que a los que la sustentan. Si la opinión es justa, se les priva de la oportunidad de dejar el error por la verdad; si es falsa, pierden lo que es un beneficio no menor: una percepción más clara y una impresión más viva de la verdad, producida por su choque con el error”, J. S. Mill, *Sobre la libertad*, Madrid, Hyspamérica, 1985, p. 37.

¹¹ La deuda de Feyerabend para con el pensamiento de Mill está claramente expuesta en su *Tratado contra el método*.

Una teoría falsa puede ser una realización tan grande como una verdadera. Y muchas teorías falsas nos han ayudado más en nuestra búsqueda de la verdad que algunas teorías menos interesantes que aún se aceptan. Pues las teorías falsas pueden ser útiles de muchas maneras; por ejemplo, pueden sugerir algunas modificaciones más o menos radicales y pueden estimular la crítica.¹²

A decir verdad, toda la sección VII de su artículo referido constituye una reivindicación del papel constructivo que pueden desempeñar las teorías interesantes *falsas* al sugerir modificaciones y perspectivas de desarrollo que hubieran sido inobtenibles sin su mediación. Pero entonces, si la falsedad objetiva de una teoría no impide que aporte positivamente al desarrollo de la ciencia, no se ve bien por qué motivo el hecho adicional de que *tomemos conciencia* de su falsedad es capaz de interrumpir este papel y, en consecuencia, estemos legitimados al decidir eliminarla. Parece paradójico sostener que es *nuestro* conocimiento de su falsedad lo que suprime su papel positivo en el curso de la investigación científica. Más paradójico aun en el sistema de ideas de Popper, en que las cuestiones que atañen a nuestro conocimiento pertenecen al segundo mundo, que él califica de epistemológicamente irrelevante. Adviértase que esta objeción resulta efectiva aun cuando se conceda la posibilidad de probar *concluyentemente* la falsedad de una teoría. En efecto, aun asumiendo la verdad de la cláusula (c) del credo racionalista crítico, *el nexo entre la misma y la aplicación de reglas eliminatorias es insostenible*. Este argumento proporciona una razón adicional y más firme en que fundar la reivindicación de pluralismo y tolerancia teóricos.

La ventaja de este argumento reside en que en él no se hace mención en absoluto ni a la condicionalidad ni a la equivocidad de la evidencia disponible. En realidad, toda consideración acerca de la evidencia misma puede ser omitida si lo único que se desea es efectuar una crítica satisfactoria del prescriptivismo. Aunque existen, efectivamente, serios problemas con la evidencia, ellos afectan mayormente al problema de la evaluación. Esto se ve mejor cuando se distingue entre:

- 1) tener razones para reconocer (o decidir) que la hipótesis *H* es falsa, y
- 2) tener razones para reconocer (o decidir) que el ser o saberla falsa la inhabilita para insertarse positivamente en el curso de la investigación científica.

¹² K. Popper, "Retorno a los presocráticos", en K. Popper, *El desarrollo del conocimiento científico*, Buenos Aires, Paidós, 1967, p. 166.

Si la evidencia disponible es equívoca, carecemos de buenas razones para asignar, siquiera tentativamente, algún valor veritativo a las consecuencias contrastables de una hipótesis H y esta inconclusión se traslada a la decisión que adoptemos con respecto a H . En este caso, las características de la evidencia abortan la posibilidad de obtener buenas razones en el primer sentido. Para que sea fundada la directriz que asegura que para progresar en el conocimiento es necesario rechazar las hipótesis que han sido valuadas negativamente (es decir, falsadas), no es necesario ni suficiente invocar dificultades en la evidencia disponible. Es necesario proporcionar *otro tipo de razones*, precisamente aquellas aludidas en (2). Es necesario argumentar convincentemente que las teorías falsas o falsadas no son incorporables con provecho en desarrollos futuros de la investigación. Esta tesis no sólo no ha sido probada (y, en verdad, no se me ocurre cómo podría hacerse tal cosa), sino que, como vimos, es negada expresamente por el propio Popper.

Quisiera concluir retomando la relación entre certidumbre, racionalidad y eliminación. Asistimos a una creciente toma de conciencia de que el contexto en que deben tomar decisiones quienes se interesan o participan en el desarrollo del conocimiento es incierto. Naturalmente, Popper mismo forma parte de este vasto movimiento. Como vimos al comienzo de este trabajo, una característica saliente de su pensamiento es que independiza las nociones de racionalidad y certeza. A la búsqueda de certidumbre, que suele desembocar en la trivialidad, opuso la racionalidad de la actitud consistente en proponer conjeturas audaces. La apuesta racional consiste precisamente en minimizar la búsqueda de certeza y maximizar el riesgo, la falsabilidad.

Sin embargo, a despecho de su énfasis en la falibilidad, Popper conservó en su concepción un mínimo de certidumbre. En efecto, sus vacilaciones respecto de nuestra capacidad para reconocer el error y su admisión implícita (y, como vimos, por momentos inaudible) de que en ocasiones somos capaces de reconocer la falsedad fundamentan su pretensión de que la eliminación es un acto razonable. La posibilidad de identificar el error le permite afirmar que aunque somos falibles podemos comportarnos racionalmente en el proceso de selección de teorías empleando la lógica estándar. Una vez más, Feyerabend vuelve al racionalismo crítico contra sí mismo. Para ello le basta con comportarse consecuentemente y adherir al falibilismo *sin restricciones*. Su argumento consta de dos partes:

- 1) no sabemos con certeza si nuestras teorías son verdaderas o falsas y tampoco cuál será el curso futuro de investigación y el papel que desempeñarán en él las creencias disponibles;
- 2) *ergo*, se hallan ausentes las condiciones en que la discriminación puede ser ejercida racionalmente.

Para Feyerabend racionalidad y eliminación son reunibles sólo en un contexto de certidumbre: la certeza acerca del desempeño futuro de las diferentes alternativas sería condición para que el componente discriminatorio pueda ser atribuido con pleno derecho al comportamiento racional. Al contrario de lo que pudiera creerse, para Feyerabend el contexto de incerteza no elimina por completo la posibilidad del comportamiento racional, aunque sí excluye la discriminación de la clase de comportamientos que pueden ser considerados racionales. Ser racional implica ahora abstenerse de excluir opciones. El comportamiento racional suma, no resta.

IIHES - FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS - UBA

ABSTRACT

The critical rationalism keeps apart the notions of rational behavior and certainty, and explicitly admits our fallibility. This position seeks to avoid the risk of relativism assuming that there is an objective truth and that we can recognize and correct our mistakes. So it vindicates its right to evaluate the merits of rival theories and the need to eliminate those that were falsified. There are in the critical rationalism two different attitudes that will be called here "evaluative" and "prescriptive". In this work I wish to defend the following thesis:

- 1) The criticism that Feyerabend makes against the critical rationalism is based on certain aspects of the evidence which affects not only to its prescriptive aim, but also to the evaluative task of methodology.
- 2) It is possible to find an argument against prescriptivism that is independent of any consideration about evidence, avoiding in this way the undesirable consequences about evaluation.
- 3) The notions of certainty and elimination are connected in a way that poses serious problems for the critical rationalism.